

## TITULO: CANTEROS

La profesión de cantero comenzaba por la familia. Por los pueblos de grandes canteros, Yudego, Iglesias, Sasamón, Olmillos, Itero, Melgar, Castrillo de Murcia... el trabajo se hacía en familia y la familia heredaba la profesión. Si no se tenían antecedentes, se intentaba por simple afición; éste fue el caso de Ubaldo Pascual, de Yudego, 75 años, de abuelos ajenos al trabajo de la piedra, cuyo padre comenzó por su cuenta, de quien el hijo adquirió unas habilidades innatas que dejó asentadas por Yudego y los alrededores. Parece que el manejo del instrumental no estaba cerrado a nadie. Sólo se precisaba completarlo por "humor", por gusto o por necesidad. Hasta los 12 años se echaba una mano. A los 15 se comenzaba a escantillar. Seguía adquiriéndose destreza hasta que se descolgaba algún contrato por cuenta propia. Los canteros preferían excavar la piedra de los páramos por la mayor comodidad de arrastre y de acarreo con bueyes. La mejor de todo, de todo el hábitat, no estaba precisamente en él. Estaba a bastantes kilómetros de distancia, más allá de Burgos, camino de Salas de Los Infantes, en Hontoria de la Cantera. De allí se arrancaron las piedras para la Catedral de Burgos y para todas sus iglesias. El topónimo le cuadra bien a la villa de Hontoria. Era imposible trabajarla allí desde la tierra de los pueblos citados, pero parece que fue siempre una referencia necesaria y un imposible deseo. Los trabajos de la piedra en el páramo se realizaban en invierno. Cuanto más frío mejor. La piedra en invierno está más uniforme porque el frío de fuera cuaja bien con la temperatura de dentro de la tierra. "El verano es criminal; se suda demasiado y el calor te agota. El calor de fuera reseca la piedra que favorece el trabajo de esquinas y escuadres, porque cuanto más dura está la piedra mejor se trabaja, pero por el interior está fresca y se van de las manos los mejores retoques". Buscada la cantera se picaba a pico y martillo. Se introducían las cuñas como centímetro y medio, de la largura y anchura que se quería extraer "y abría como serrada". La piedra cantaba y el martilleo se escuchaba hasta a dos kilómetros de distancia. Cuando la piedra no cantaba, había que dejarla. La piedra aparecía por debajo con una toba blanca. Se la extraía con barras potentes. El manejo del instrumental tenía sus riesgos: una china que saltaba a los ojos, el pico que se disparaba de la piedra y que podía parar en la canilla de las piernas. Los brazos cansados... Y la columna. Había que reparar el instrumental continuamente. Se necesitaba un herrero que fuera un maestro consumado en la "templa". No se utilizaba apenas el serrón, el tronzador. El tronzador hay que manejarlo por dos hombres. Las canteras de Hontoria le toleraban bien. Cuando se hacía era tan efectivo como los otros. Las piedras se labraban a pie de la obra que se habría de edificar. Pero las piedras soleras de puertas y ventanas se trabajaban en la cantera. Eran de medidas convencionales: 2 metros, 1.90, 1.80, 1.40. Las medidas mínimas para una solera de ventana eran de 1.40 que correspondía a una ventana de un metro. Las soleras de las puertas variaban de 1.60 a los 2 metros. La piedra para la construcción en sillería se llevaba en bruto a la obra; lo mismo se hacía para la construcción de mampostería. Una vez arrancadas, las piedras se cargaban en un carro de bueyes; resistían y tiraban como dios manda. Los machos y las mulas no aguantaban el peso. Para arrastrarlas al carro o moverlas en cualquier dirección se hacía sobre rodillos de madera. Para cargar la piedra solera de 2 metros, se pingaba el carro, se la sujetaba con dos estrinques, uno por delante y otro por detrás de la misma piedra. El carro se levantaba un poco, dejaba la parte delantera de la piedra en el aire, se la ayudaba con potentes barras de hierro y se la metía

por debajo del carro, debajo del eje. El resto de las soleras se las echaba encima del carro. Para cargarlas se ponían tablones del suelo a la parte trasera y se las arrastraba hacia arriba con maromas. Solían llevarse 6 -8 soleras por viaje. El resto de piedras para la sillería o mampostería se las cargaba a mano. La labra de la solera era a cincel, maceta y pico; también la de las develas. Se ayudaban de escuadra. Muchas veces se hacía a ojo. Los buenos canteros controlaban muy bien el equilibrio y el nivelado. Les iba mucho en que no labeasen. El labeo de un solo centímetro de una piedra trabajada desgobernaba todo el edificio. La sillería o la mampostería se unían con cal y barro. Los riesgos del trabajo eran los mismos que los del trabajo del páramo. El contrato para un cantero abarcaba el trabajo de la piedra y la colocación en el cuadro de la construcción. Se añadía y se entendía que había que cerrar el techo y eso era obra también del cantero. El material del techo lo ponía el dueño. Los tipos de construcción que empleó el Sr. Ubaldo, fueron la sillería: "un estilo lineal, bonito y seguro". La mampostería, "una sillería desconcertada", y el sillarejo: "unas piedras juntas, otras cruzadas, el resultado final es muy bonito". Técnicamente no utilizó planos. Para la obra miraba el terreno que le daban, la fachada, la profundidad, el entorno de las calles y la construcción iba saliendo de su cabeza. Las medidas a ojo imponían el trabajo de la piedra al pie de obra. Para la unión de las hiladas utilizó un centímetro de masa de arena y cemento. Nunca se sirvió de piedra menuda para ajustes o apoyos. Las puertas y ventanas se hacían a pie de obra según las dimensiones globales estructurales que nacían del terreno del que se disponía o de la altura que se pedía. Las piedras soleras citadas se tenían que acomodar a las proporciones que había. Era un aspecto esencial. Las medias de puertas y ventanas se trataban antes de comenzar cualquier obra. La piedra se subía con una polea: un gancho acabado en una rueda acanalada, y sujetado en un trespiés de fuertes maderos que soportaban el peso del tirón. La polea se administraba con fuertes maromas. El trespiés podía ser sustituido por una fuerte maroma corredera, tal como se muestra en la ilustración. La fachada y los vanos era el resultado, pues, del terreno, del entorno de las calles, de las dimensiones de la "fachada" — distancia lineal de la pared delantera— y de la altura convenida, que solía atenerse rigurosamente a lo que ya existía en el pueblo. De ahí la uniformidad a veces monótona de la arquitectura popular. "Lo más difícil eran las esquinas".

El trabajo de cantero era un trabajo colectivo, aunque algún miembro buscara fortuna personal. A partir de esto anterior y como corolario a este relato, me acordé de los del 25 de marzo, de los dignos obreros que lucharon por justas reivindicaciones como un todo unido aunque alguno fuera en dirección contraria motivado por su propio interés particular en detrimento de los deseos colectivos del grupo.

SEUDÓNIMO: MADRID